Colección Ariel

Sevilla Mcmxiij

Interior

Maeterlinck

Trans. by Miguel Romero y Martinez

A su distinguido amigo el cultísimo bibliófilo D. José Calvo y Ramos

El Traductor

Sevilla 12 de diciembre de 1914

Interior


J. L. ARÉVALO
SEVILLA



M. Maeterlinck

Mauricio
Maeterlinck

Interior

Poema dramático en un acto ¶ Versión castellana



Sevilla
1913

Dedicatoria

A José M.ª Izquierdo ¶ Jacinto Ilusión

Hermano:

¶ *Era por la tarde de un día del invierno, y las nubes le habían robado el sol a la Ciudad de la Gracia. La Giralda habíasenos ocultado en un sudario de niebla, y la lluvia arreciaba contra los cristales, sonando, al chocar en ellos, como si golpease sobre el ataúd de la Alegría muerta...*

¶ *A solas con el dolor de no ver el sol ni la Giralda, nos recluímos en el interior de nosotros mismos, cobijados bajo techo y en torno al fuego de esta espiritualidad que nos hace hermanos.*

¶ *Necesaria era, para que se durmiese en nosotros la tristeza de la tarde invernal, la conseja de un buen viejo que hiciese como hacen junto al hogar campesino los viejos gañanes con los pastorcillos los días en que el rebaño no deja*

los rediles por temor a la ventisca, a la lluvia o al lobo. Pero nadie vino a referirnos la conseja del diablillo metido a galán que tentó a las zagalas, ni la del pastor que de tanto llorar por un amor hizo una fuente, ni la de la moza que por burlarse del amador plañidero hizo con sus risas la gozosa canción de las linfas al desgranarse en la taza.

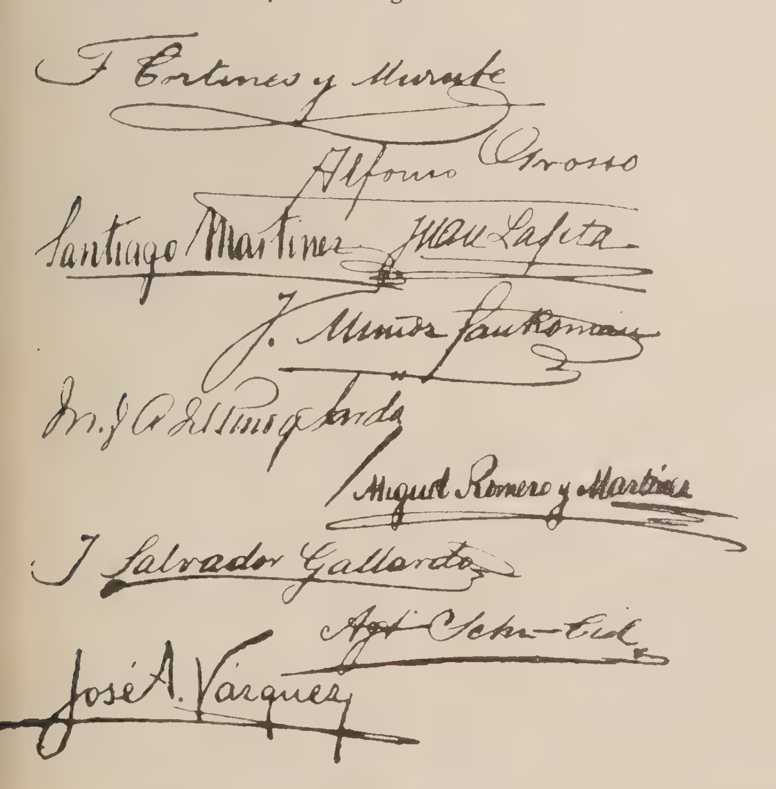
¶ Y como no hubo quien sintiese piedad de nuestra tristeza, silenciosos mirábamos, a través de los cristales, surcados por lágrimas, el agua de la lluvia que corría por el callejero regajo y se alejaba de la ciudad para ir, río adelante, por la campiña solitaria.

¶ "Flotaba sobre las aguas, y sus manos estaban juntas", dijo uno de nosotros, recordando a Maeterlinck, al pensar en la corriente que pudiera llevar el cuerpo de una ahogada por la tristeza de un desamor y la desventura de unas ilusiones. Y como no se sabe "hasta dónde se extiende el alma alrededor de los hombres", alcanzó la nuestra, la de todos nosotros, que es una, la concepción de este libro, entre cuyas páginas acaso se conserve el sutil perfume de las alas que lo rozaron, alas de ese espíritu dorado que a veces es piadoso y nos alienta para perseverar en el ideal de nuestros ensueños.

¶ Luego de haber fraguado la idea prima de este libro y de haberla acariciado con ternuras sentimentales, pensamos en tí, Hermano, porque siendo tú, como eres, quien está más cerca del glorioso genio evocador de las tragedias silenciosas de la noche y del misterio, por medio de tí podemos rendirle pleitesía, ya que, segura-

mente, acertarás a interpretar cuanto pudimos concebir y logramos hacer una tarde del invierno, en que las nubes habían robado el sol a tu Ciudad de la Gracia y nuestra agarena Giralda habíase ocultado en un cendal de nieblas.

¶ *Acepta el mensaje que te confían tus hermanos y llévalo, en alas de tu pensamiento, al pie del trono augusto de Maeterlinck, el Poeta, adonde sólo tú puedes llegar...*



En Sevilla, la que acaricia el Guadalquivir.

Invocación
a Maeterlinck

Invocación al genio de Maeterlinck

¡Oh qué hermoso, en verdad, tu evangelio,
Maeterlinck, y qué grande tu hechizo!
¡Cómo ciñe la gloria tu frente!
¡Y tu mano qué espléndida ha sido!
Su tesoro mostró a los Humildes
con la gracia de un arte divino.

Interior, Monna Vanna, La Intrusa...
¡Qué emoción de pesar contenido,
qué poder de la Muerte en las almas
con la fuerza de un último grito,
con la angustia sutil del misterio
y la sombra que vela el destino,
y el amor imposible que hiere
como de un condottiere el cuchillo!

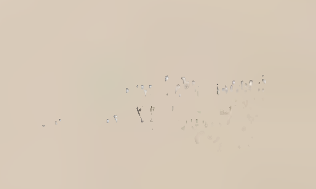
▫ ▫ ▫

Gran poeta y sublime vidente,
con palabras de oculto sentido,
bajo sauces de viejos jardines
y flotando la muerta en el río;
con la paz del hogar silencioso,
donde en sueño inocente está el niño,
que no sabe la humana tragedia
ni del mundo el fatal laberinto;
con violetas y ramas del bosque,
con extrañas cadencias y ritmos,
a la luz de la pálida luna,
mientras se oyen lejanos suspiros,
gran poeta y sublime vidente,
¡qué poema, qué drama has tejido!

▫ ▫ ▫

Agrupados con honda tristeza
al amor de tu mágico estilo,

y sintiendo la Muerte en sus páginas
bajo el cielo andaluz hemos ido,
y, al final, este pobre tributo
a tu genio de artista rendimos:
¡en la lengua inmortal de Cervantes,
Maeterlinck, aquí tienes tu libro,
y en el pecho de todos nosotros
de fervor también tienes un himno!



Aquí comienza el drama

PERSONAJES

En el jardín

El Anciano
El Forastero
Marta y
María } *nietas del Anciano*
Un Aldeano
La Muchedumbre

En la casa

La Madre
El Padre
Las dos Hijas
El Niño } *personajes mudos*



Interior

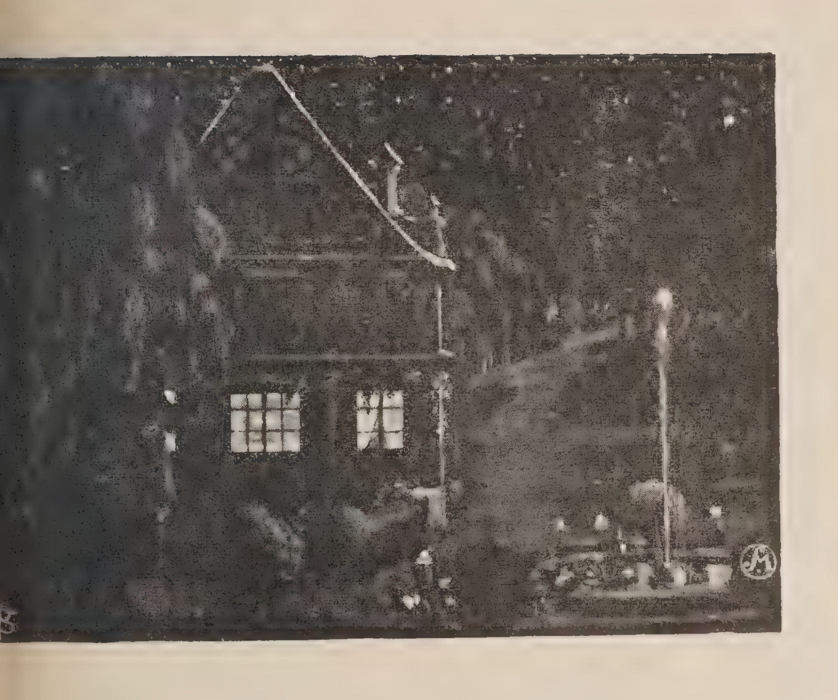
Un jardín viejo plantado de sauces. Al fondo una casa, que tiene iluminadas las tres ventanas del piso bajo. Distínguese muy claramente una familia que pasa la velada bajo la lámpara. El padre está sentado al hogar. La madre, con un

codo en la mesa, mira en el vacío. Dos jovencitas, vestidas de blanco, bordan, sueñan y sonríen en la tranquilidad de la cámara. Un niño dormita, con la cabeza en el hombro izquierdo de la madre. Parece que cuando alguno de ellos se levanta, marcha o hace un gesto, sus movimientos son graves, lentos, raros y como espiritualizados por la distancia, la luz y el velo indeciso de las ventanas.

EL ANCIANO *y* EL FORASTERO *entran con precaución en el jardín.*

EL ANCIANO

Henos aquí en la parte del jardín que se extiende detrás de la casa. Ellos no vienen jamás por aquí. Las puertas dan al otro lado. Están cerradas y los postigos también. Pero



*Un jardín vie-
jo plantado de
sauces...*

por aquí no hay postigos y he visto luz... Sí; velan aún bajo la lámpara. Es suerte que no nos hayan oído; la madre y las muchachas habrían salido quizá, y entonces, ¿qué hubiéramos hecho?

EL FORASTERO

¿Qué vamos a hacer?

EL ANCIANO

Quisiera ver primero si se encuentran todos en la sala. Sí, veo al padre sentado al hogar. Espera, con las manos en las rodillas... La madre apoya el codo en la mesa.

EL FORASTERO

Nos mira...

EL ANCIANO

No; no sabe lo que mira; sus ojos no pestañean. No puede vernos; estamos en la sombra de los grandes árboles. Pero no os acerquéis más... Las dos hermanas de la muerta están también en la cámara. Bordan lentamente; y el niño se ha dormido. Son las nueve en el re-

loj que está en el rincón. No advierten nada y no hablan.

El Forastero

Si pudiéramos atraer la atención del padre y hacerle algún signo... Ha vuelto la cabeza a este lado. ¿Queréis que llame en una de las ventanas? Es preciso que alguno de ellos lo sepa antes que los otros...

El Anciano

No sé a quién escoger... Hay que tomar grandes precauciones... El padre es viejo y está achacoso... La madre, también; y las hermanas son muy jóvenes... ¡Y todos la querían como ya no se quiere!... No he visto nunca una casa más feliz... No, no os acerquéis a la ventana; sería peor... Mejor es anunciarlo lo más sencillamente posible; como si fuera un suceso ordinario; y sin mostrarse demasiado triste; porque la explosión de su dolor sería mayor... No sé, no sé qué hacer... Vamos al otro lado del jardín. Llamaremos a la puerta y entraremos como si no hubiera pasado nada. Yo entraré primero; no se sorprenderán al verme; vengo a veces de noche a traerles flores o frutas y a pasar algunas horas con ellos.

El Forastero

¿Por qué queréis que yo os acompañe? Id solo; esperaré a que se me llame... Ellos no me han visto jamás... No soy más que un transeunte, un forastero...

El Anciano

Es mejor no entrar solo. Una mala nueva que se da en compañía es menos brutal y dolorosa... Pensaba en ello cuando nos dirigíamos hacia aquí... Si entro solo, tendré que hablar desde el primer momento; lo sabrán todo en pocas palabras y nada me quedará por decir; y tengo miedo del silencio que sigue a las últimas palabras que anuncian una desgracia... Es entonces cuando se desgarra el corazón... Si entramos juntos, les diré por ejemplo, después de largos rodeos: La han encontrado así... Flotaba sobre el río y sus manos estaban juntas...

El Forastero

Sus manos no estaban juntas; sus brazos colgaban a lo largo del cuerpo.

EL ANCIANO

Ya véis cómo, a su pesar, habla uno... Y la desgracia se desvanece en los detalles... Sin vuestra ayuda, entrando yo solo, a las primeras palabras, tal como es esa familia... sería esto espantoso... y sabe Dios lo que ocurriría... Pero si hablamos uno a uno, nos escucharán y no se abismarán en la consideración de su desdicha... No olvidéis que la madre estará presente y que su vida depende de muy poca cosa... Bueno es que la primera ola se rompa en algunas palabras inútiles... Es necesario que se hable un poco alrededor de los desgraciados y que estén rodeados de gente. Los más indiferentes toman, sin saberlo, una parte de dolor... Este se divide así sin ruído y sin esfuerzo, como el aire o la luz...

EL FORASTERO

Vuestras ropas están caladas y gotean sobre las baldosas.

EL ANCIANO

Sólo están calados los bajos de mi capa... Parece que tenéis frío. Vuestro pecho está cubierto de tierra... No lo había observado en el camino, a causa de la obscuridad...



...Flotaba sobre el río y sus manos estaban juntas...

El Forastero

Me he metido en el agua hasta la cintura.

El Anciano

¿Y hacía mucho tiempo que la habíais encontrado cuando yo llegué?

El Forastero

Algunos instantes apenas. Yo iba hacia la aldea; era ya tarde y el ribazo se ponía obscuro. Marchaba con los ojos fijos en el río, porque estaba más claro que el camino, cuando veo una cosa extraña a dos pasos de un macizo de rosales... Me acerco y distingo su cabellera que se había elevado casi en círculo, por encima de su cabeza, y que giraba así, según la corriente...

En la cámara, las dos jovencitas vuelven la cabeza hacia la ventana.

El Anciano

¿Habéis visto temblar sobre sus hombros la cabellera de sus dos hermanas?

EL FORASTERO

Han vuelto la cabeza hacia aquí... Han vuelto sencillamente la cabeza. He hablado muy alto quizá.

Las dos jovencitas vuelven a tomar su primera posición.

Pero ya no miran... Entré en el agua hasta la cintura y pude cogerla por la mano y traerla sin esfuerzo a la orilla... Era tan bella como sus hermanas...

EL ANCIANO

Era quizá más bella... No sé por qué he perdido todo el ánimo.

EL FORASTERO

¿De qué animo habláis? Hemos hecho todo lo que el hombre puede hacer... Había muerto hacía más de una hora...

EL ANCIANO

¡Vivía esta mañana!... La encontré al salir de la iglesia... Me dijo que partía; iba a ver

a su abuela al otro lado del río en que la encontrasteis... No sabía cuando la volvería yo a ver... Juraría que estaba a punto de pedirme algo; pero no se atrevió y me dejó bruscamente. Lo recuerdo ahora todo... ¡Y no vi nada!... Sonrió como sonríen los que quieren callarse o temen que no se les comprenda. . Parecía no esperar sino con trabajo... sus ojos no estaban claros y casi no me miraron...

El Forastero

Unos aldeanos me han dicho que la habían visto errar por la orilla hasta la noche... Creían que buscaba flores... Se teme que su muerte...

El Anciano

No se sabe... ¿Y qué es lo que se sabe?... Era acaso de las que no quieren decir nada, y cada uno lleva en sí más de una razón para no vivir más... No se ve dentro del alma como en el interior de esa cámara. Se vive durante meses al lado de alguno que no es ya de este mundo y cuya alma no puede inclinarse más; se le responde sin pensar en ello: y ya véis lo que ocurre... Sonríen hablando de flores que han caído, y lloran en la obscuridad... Un án-

gel mismo no vería lo que es preciso ver; y el hombre no comprende sino después del golpe... Anoche estaba ahí, bajo la lámpara, como sus hermanas... No las veríais ahora tal como hay que verlas, si la desgracia no hubiese ocurrido... Paréceme verlas por primera vez... Hay que agregar algo a la vida ordinaria antes de poder comprenderla... Están al lado vuestro, vuestros ojos no se separan de ellas; y no las distinguís sino en el momento en que parten para siempre... Y sin embargo, la extraña almita que debía tener; la pobre e ingenua e inagotable almita que tuvo, hija mía, si ha hecho lo que debe haber hecho...

EL FORASTERO

En este momento, sonríen en silencio en la cámara...

EL ANCIANO

Están tranquilos... No la esperan esta noche...

EL FORASTERO

Sonríen sin moverse... pero he aquí que el padre lleva un dedo a los labios...

El Anciano

Designa al niño dormido sobre el corazón de la madre.

El Forastero

Y ella no osa alzar la vista, por temor de turbar su sueño...

El Anciano

Las jóvenes no trabajan... Reina un gran silencio.

El Forastero

Han dejado caer la madeja de seda blanca...

El Anciano

Miran al niño...

El Forastero

No saben que otros las miran...

El Anciano

Nos están mirando también...

El Forastero

Han alzado los ojos...

El Anciano

Y, sin embargo, no pueden ver nada...

El Forastero

Parecen felices, y sin embargo, hay como un no sé qué...

El Anciano

Se creen al abrigo... Han cerrado las puertas, y las ventanas tienen barrotes de hierro... Han consolidado los muros de la vieja casa; han puesto cerrojos en las tres puertas de roble... Han previsto todo lo que se puede prever...

El Forastero

Tendremos que acabar por decírselo... Alguno podría llegar anunciándolo bruscamente... Había una muchedumbre de aldeanos en la pradera donde se halla la muerta... Si alguno llamase a la puerta...

El Anciano

Marta y María están al lado de la niña muerta. Los aldeanos iban a hacer unas parihuelas de ramaje; le advertí a la mayor que viniera a decirnos aprisa el momento en que se pcndrían en marcha. Esperemos que venga; ella me acompañará... No debíamos haberlos visto así... Yo creía que no había más que llamar a la puerta, entrar sencillamente, buscar algunas frases y decirlo... Pero ya los he visto vivir demasiado tiempo bajo su lámpara.

Entra María.

María

Ya vienen, abuelo.

El Anciano

¿Eres tú?... ¿Dónde están?

María

Están al pie de las últimas colinas.

El Anciano

¿Llegarán en silencio?

MARÍA

Les he dicho que recen en voz baja. Marta los acompaña...

EL ANCIANO

¿Son numerosos?

MARÍA

Toda la aldea rodea a los que la traen. Tenían luces. Les dije que las apagaran...

EL ANCIANO

¿Por dónde vienen?

MARÍA

Por los pequeños senderos. Avanzan lentamente...

EL ANCIANO

Hay tiempo...

MARÍA

¿Se lo habéis dicho ya, abuelo?



Toda la aldea rodea a los que la traen...



El Anciano

Bien ves que no hemos dicho nada... Esperan aún bajo la lámpara... Mira, hija mía, mira: verás alguna cosa de la vida...

María

¡Oh! ¡qué tranquilos parecen!... Diríase que los veo en sueños ..

El Forastero

¡Cuidado!, que he visto estremecerse a las dos hermanas...

El Anciano

Se levantan...

El Forastero

Creo que se acercan a las ventanas...

Una de las dos hermanas de que hablan se acerca en este momento a la primera ventana; la otra, a la tercera; y,

apoyando las manos en los vidrios, miran largamente en la osbcuridad.

El Anciano

Nadie se asoma a la ventana de en medio...

María

Miran... Escuchan...

El Anciano

La mayor sonríe a lo que no ve. .

El Forastero

Y la segunda tiene los ojos llenos de temor...

El Anciano

¡Cuidado!; que no se sabe hasta dónde se extiende el alma alrededor de los hombres...

Un largo silencio. María se estrecha contra el pecho del anciano y lo besa.

MARÍA

¡Abuelo!...

EL ANCIANO

No llores, hija mía... Ya nos tocará nuestra vez...

Un silencio.

EL FORASTERO

Miran largo tiempo...

EL ANCIANO

Mirarían cien mil años y nada advertirían las pobres hermanas... La noche es muy obscura... Miran por aquí, y es por allá por donde la desgracia llega.

EL FORASTERO

Y es suerte que miren por aquí... No sé lo que se adelanta por el lado de las praderas.

MARIA

Creo que es la muchedumbre... Están tan lejos que apenas si se les distingue...

El Forastero

Siguen las ondulaciones del sendero... He aquí que reaparecen al lado de un talud iluminado por la luna...

Maria

¡Oh! ¡cuán numerosos!... Acudían ya del arrabal de la ciudad, cuando me encaminé hacia aquí... Han dado un gran rodeo...

El Anciano

Llegarán, a pesar de todo... Ya los veo yo también... Están atravesando las praderas... Parecen tan pequeños, que apenas si se les percibe entre las hierbas... Diríase niños que juegan a la luz de la luna; y si ellas los viesen no comprenderían... Han hecho bien volviéndoles las espaldas... Ellos se acercan a cada paso que dan, y la desgracia aumenta desde hace más de dos horas... Nadie puede impedir que aumente... Los que la traen no pueden detenerla... Es dueña también de ellos y es necesario que le sirvan... Tiene su fin y sigue su camino... Es infatigable y no tiene más que una idea... Es preciso que todos le presten sus fuerzas... Están tristes, pero llegan... Tienen piedad, pero deben avanzar...

MARIA

La mayor no sonríe ya, abuelo...

EL FORASTERO

Se apartan de las ventanas...

MARIA

Besan a su madre...

EL FORASTERO

La mayor ha acariciado los bucles del niño, que no se despierta...

MARIA

¡Oh! he aquí que el padre quiere que lo besen también...

EL FORASTERO

Ahora el silencio...

MARIA

Vuelven al lado de la madre...

EL FORASTERO

Y el padre sigue con los ojos el gran péndulo del reloj...

MARIA

Diríase que ellas rezan sin saber lo que hacen...

EL FORASTERO

Diríase que escuchan a sus almas...

Un silencio.

MARIA

Abuelo, ¡no se lo digáis esta noche!...

EL ANCIANO

También pierdes tú el ánimo... Bien sabía yo que era preciso no mirar. Tengo cerca de ochenta y tres años y es la primera vez que la vista de la vida me hiere. No sé por qué todo lo que hacen me parece tan extraño y tan grave... Pasan sencillamente la noche bajo su lámpara, como bajo la nuestra la hubiéramos pasa-

do nosotros; y, sin embargo, creo verles desde lo alto de otro mundo, porque sé una pequeña verdad que ellos aún ignoran... ¿No es así, hijos míos? ¡Decidme por qué estáis tan pálidos!... No sabía yo que hubiese alguna cosa tan triste en la vida y que causase ésta miedo a los que la contemplan... Nada me causa más temor que verlos tan tranquilos... Tienen mucha confianza en este mundo... Están ahí, separados del enemigo por pobres ventanas... Creen que nada sucederá porque han cerrado la puerta, y no saben que ocurre siempre alguna cosa en las almas y que el mundo no acaba en las puertas de las casas... Están tan seguros de su dulce vida, y no advierten que hay otros que saben de ella más; y que yo, pobre viejo, tengo aquí, a dos pasos de su puerta, toda su breve dicha entre mis viejas manos que no me atrevo a abrir...

MARIA

¡Piedad, abuelo!...

EL ANCIANO

Nosotros tenemos piedad de ellos, hija mía; pero nadie tiene piedad de nosotros...

MARIA

Decídselo mañana, abuelo, decídselo cuando sea de día... No se pondrán tan tristes...

EL ANCIANO

Quizá tienes razón... Sería preferible dejar todo esto en la noche. Que la luz es dulce al dolor... Pero ¿qué nos dirían mañana? La desgracia hace a uno celoso; y los que ella hiere desean conocerla antes que los extraños. No quieren que se deje en manos de los desconocidos... Parecería que les habíamos robado algo...

EL FORASTERO

Además no hay ya tiempo; oigo el murmullo de las oraciones...

MARIA

Ya están ahí... Pasan por detrás de los vallados...

Entra MARTA.

MARTA

Heme aquí. Los he conducido hasta aquí. Les he dicho que esperen en el camino.

Se oyen gritos de niños.

¡Ah! los niños gritan aún... Les había prohibido que vinieran... Pero quieren ver también y las madres no obedecen... Voy a decirles... No; ya se callan... ¿Está todo dispuesto?... He traído el anillito que se encontró sobre ella. La he acostado yo misma en las parihuelas. Parece que está dormida... Me ha costado bastante trabajo; sus cabellos no querían obedecerme... He hecho coger violetas... Es triste, mas no había otras flores... Pero ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué no os halláis junto a ellos?

Mira a las ventanas.

¿No lloran?... ¿No se lo habéis dicho?

EL ANCIANO

Marta, Marta, hay demasiada vida en tu alma; no puedes comprender...

MARTA

¿Por qué no puedo?...

Después de un silen-

cio y en tono de reproche muy grave.

No habéis debido hacer eso, abuelo...

EL ANCIANO

Marta, tú no sabes...

MARTA

Soy yo quien va a decírselo.

EL ANCIANO

Detente, hija mía, y mira un instante.

MARTA

¡Oh! ¡qué desgraciados son!... No deben esperar más tiempo...

EL ANCIANO

¿Por qué?

MARTA

No sé... ¡pero ya no es posible!...

EL ANCIANO

Vén aquí, hija mía...

MARTA

¡Qué paciencia tienen!

EL ANCIANO

¡Vén aquí, hija mía!

MARTA

Volviéndose.

¿Dónde estáis, abuelo? Soy tan desgraciada que ya no os veo... Yo misma no sé ya qué hacer...

EL ANCIANO

No los mires más, hasta que lo sepan todo...

MARTA

Quiero entrar con vos...

EL ANCIANO

No, Marta, quédate aquí... Siéntate al lado

de tu hermana, en este viejo banco de piedra, contra el muro de la casa, y no mires... Eres demasiado joven; no podrías olvidar... Tú no puedes saber lo que es una cara en el momento en que la muerte va a pasar ante sus ojos... Habrá acaso gritos... No te muevas de aquí... Acaso no haya nada... Sobre todo, no te acerques porque no escuches nada. No se sabe de antemano la marcha del dolor... Algunos sordos sollozos en las raíces profundas... Esto es todo, generalmente... Yo mismo no sé lo que tendré que hacer cuando los oiga... Porque eso no pertenece ya a esta vida... Abrázame, hija mía, antes de que me vaya...

El anciano sale. El murmullo de los rezos se ha acercado gradualmente. Una parte de la muchedumbre invade el jardín. Se oye correr a pasos sordos y hablar en voz baja.

EL FORASTERO

A la muchedumbre.

Quedaos aquí... no os acerquéis a las ventanas... ¿Dónde están?

UN ALDEANO

¿Quiénes?

EL FORASTERO

Los otros... los que la traen.

EL ALDEANO

Llegan por la alameda que conduce a la puerta.

El anciano se aleja. Marta y María están sentadas en el banco, vueltas de espaldas a las ventanas. Vagos rumores en la muchedumbre.

EL FORASTERO

¡Silencio!... No habléis.

La mayor de las dos hermanas se levanta y va a correr los cerrojos de la puerta...

MARTA

¿La abre?

EL FORASTERO

Al contrario, la cierra.

Un silencio.

MARTA

¿No ha entrado abuelo?

EL FORASTERO

No... La joven vuelve a sentarse al lado de la madre... Los otros no se mueven y el niño duerme siempre...

Un silencio.

MARTA

Hermanita mía, dame tus manos...

MARÍA

¡Marta!

Se abrazan y se dan un beso.

EL FORASTERO

Debe haber llamado... Todos han levantado la cabeza al mismo tiempo... Se miran...

MARTA

¡Oh! ¡oh! mi pobre hermana... ¡También voy yo a gritar!...

Ahoga sus sollozos sobre el hombro de su hermana.

EL FORASTERO

Debe llamar aún... El padre mira el reloj... Se levanta.

MARTA

Hermana mía, hermana mía, yo también voy a entrar... No deben ya estar solos...

MARÍA

¡Marta, Marta!...

La detiene.

El Forastero

El padre está en la puerta... Descorre los cerrojos... Abre con precaución...

Marta

¡Oh!... ¿No véis el...?

El Forastero

¿Qué?

Marta

Los que traen...

El Forastero

Abre apenas... No veo más que un rincón del césped y el surtidor... Parece decir: "¡Ah! ¡sois vos!..." Alza los brazos... Cierra la puerta con cuidado... Vuestro abuelo ha entrado en la cámara...

La muchedumbre se ha aproximado a las ventanas. Marta y María se levantan primero a medias, después se

acercan también, estrechamente enlazadas. Se ve al anciano avanzar en la sala. Las dos hermanas de la muerta se levantan; la madre se levanta igualmente, después de haber puesto con cuidado al niño en el sillón que acaba de abandonar; de modo que, desde fuera, se ve dormir al pequeño, con la cabeza un poco inclinada, en medio de la habitación. La madre se adelanta para recibir al anciano y le tiende la mano, pero la retira antes de que él tenga tiempo de cogerla. Una de las jovencitas quiere quitarle la capa al visitante y la otra le acerca un sillón. Pero el anciano hace un leve gesto de negativa. El padre sonríe con un aire

de asombro. El anciano mira hacia las ventanas.

EL FORASTERO

No se atreve a decirlo... Nos ha mirado...

Rumores en la muchedumbre.

EL FORASTERO

¡Callaos!

El anciano, viendo rostros en las ventanas, ha separado vivamente los ojos. Como una de las jovencitas le acerca siempre el mismo sillón, acaba por sentarse y se pasa varias veces la mano derecha por la frente.

EL FORASTERO

Por fin se sienta...

Las otras personas

que se encuentran en la sala se sientan igualmente, mientras el padre habla con volubilidad. Por fin el anciano abre la boca y el son de su voz parece atraer la atención. Pero el padre lo interrumpe. El anciano vuelve a tomar la palabra y poco a poco los otros se inmovilizan. De repente la madre se estremece y se levanta.

MARTA

¡Oh! ¡la madre va a comprender!...

Se aparta y se oculta el rostro entre las manos. Nuevos rumores en la muchedumbre. La gente se atropella por ver. Los niños gritan para que se les alce a fin de que vean también. La mayor parte de las madres obedecen.

El Forastero

¡Silencio!... Que no lo ha dicho aún...

Se ve que la madre interroga al anciano con angustia. Él dice algunas palabras aún; después, bruscamente, todos los demás se levantan también y parecen interpelarle. El hace entonces con la cabeza un lento signo de afirmación.

El Forastero

Lo ha dicho... ¡Lo ha dicho todo de un golpe!...

Voces en la muchedumbre

¡Lo ha dicho!... ¡Lo ha dicho!

El Forastero

No se oye nada...

El anciano se levanta también; y, sin volverse, muestra con el dedo la puerta que se halla detrás de él. La madre, el padre y las dos jovencitas se arrojan sobre esta puerta, que el padre no consigue abrir inmediatamente. El anciano quiere impedir que salga la madre.

VOCES EN LA MUCHEDUMBRE

¡Ya salen! ¡Ya salen!...

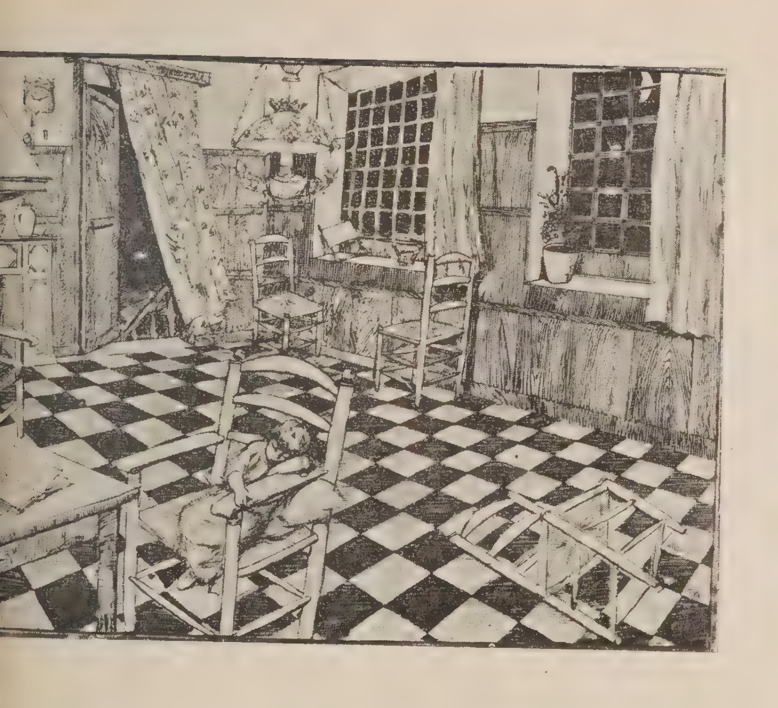
Revuelo en el jardín. Todos se precipitan al otro lado de la casa y desaparecen, a excepción del Forastero, que se queda junto a las ventanas. En la sala, la puerta se abre al fin de par en par; todos salen al mismo tiempo. Se

distingue el cielo estrellado, el césped y el surtidor a la luz de la luna, mientras que en medio de la cámara abandonada, el niño continúa durmiendo plácidamente en el sillón. — Silencio.

EL FORASTERO

¡Y el niño no se ha despertado!...

Sale también.



¡Y el niño no se ha despertaao!...

Epílogo sentimental

Epílogo sentimental

Cuando nos besa como un viento suave
la casta frente y nos inciensa el alma
la santa paz que de los cielos llega,
el alma espere un infortunio nuevo.

Es la palabra que los labios dicen
como un cendal que el pensamiento envuelve.
Sólo el silencio, que es profundo y grave,
dice el secreto de la clara ciencia.

Cuando el Dolor nuestro momento aguarda
y a nuestros lares pone cerco, saben
todas las cosas del peligro aciago,
menos el dulce corazón dormido.

Así la Muerte, corazón, te halle
cuando a buscarte en hora triste venga,
que sólo al sueño la desgracia huye,
y sólo sueña el corazón que es niño.

Indice

Indice

Colofón

ACABÓSE DE ESTAMPAR ESTE LIBRO EN LA CIUDAD DE LA GRACIA, LA NOBLE Y OPULENTÍSIMA SEVILLA, A DIEZ DÍAS DEL MES DE MARZO DE MDCCCCXIII. ¶ FUÉ COMPUESTO POR AGUSTÍN SÁNCHEZ-CID, QUE DIBUJÓ EL RETRATO DEL GLORIOSO AUTOR DEL POEMA; JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ, QUE REDACTÒ LA CARTA DEDICATORIA; FELIPE CORTINES Y MURUBE Y JOSÉ MUÑOZ SAN ROMÁN, QUE RESPECTIVAMENTE ESCRIBIERON LA INVOCACIÓN Y EL EPÍLOGO; MIGUEL ROMERO Y MARTÍNEZ, QUE TRADUJO EL DRAMA; SANTIAGO MARTÍNEZ, MIGUEL ANGEL DEL PINO Y SARDÁ, ALFONSO GROSSO Y JUAN LAFITA, QUE LO ILUSTRARON, Y JOSÉ SALVADOR Y GALLARDO, QUE DIRIGIÓ LA EDICION. ¶ LAS ILUSTRACIONES FUERON REPRODUCIDAS EN EL TALLER DE FOTOGRABADO DE PEDRO SÁNCHEZ Y SE IMPRIMIERON CON EL TEXTO EN LA OFICINA DE "EL MERCANTIL SEVILLANO", DE JOAQUÍN LÒPEZ ARÉVALO. ¶ LAUS DEO.

"El Mercantil Sevillano"
San Eloy, n.º 16.—Sevilla